



Ni para sufrir ni para callar



■ Por Liena María Nieves Portal
(liena@vanguardia.cu)

mundo fuera un lugar enteramente feliz. Un día le dijeron que nació con «don de gente». Se le da muy fácil acercarse a los demás y establecer un vínculo inmediato, así que decidió dedicarse al trabajo con público. Eso hizo. O mejor, eso intenta.

«Parece que las negras bajitas no encajamos en algunas profesiones. Ya me cansé de las entrevistas con dueños de bares y de paladares, y hasta parece que en algunos restaurantes del Estado aplican la misma política. Todos quieren muchachas blancas, jovencitas, de pelo claro y fino, y buena figura. Para mí y para las que son como yo quedan las ofertas como cocineras u otra opción detrás de una pared, donde nadie nos vea. Al menos en lo referente a los servicios gastronómicos, estamos en completa desventaja».

De desventajas conoce Marian. Aunque vino al mundo apenas tres minutos después que su gemelo, en la casa quedó claro que lo único semejante entre los dos hermanos serían los apellidos.

A Marian no la enseñaron a nadar, «para que no sea atrevida»; su hermano es de los que se lanzan en picada en las pocetas de El Nicho. A Marian le dijeron que si quería jugar, las amiguitas tendrían que venir a su casa, «porque las niñas no andan por el vecindario»; en séptimo grado, su hermano ya iba solo a los campismos. A Marian la educaron en el temor a la vida —que se traduce en recelo hacia el amor—; su hermano enfermó de gonorrea a los 14. Los padres, aunque preocupados, reían por lo bajo: «Se nos hizo un hombre».

Se habla de violencia de género. Se condena en carteles. Se marcha una vez al año. Jornadas y congresos van y vienen, pero las golpeadas, las discriminadas, las invisibilizadas, siguen ahí. No en el Noticiero o en TeleSur, sino en la casa del frente, en la oficina o entre las amigas. Y a pocos parece molestarles; al menos, no demasiado.

No quita el sueño porque la violencia —explícita y simbólica— se ha legitimado cotidiana. Educamos a los varones sobre la razón de que «a las hembras no se les pone un dedo encima», pero continuamente la sociedad levanta barricadas que se formalizan en instituciones que habrían de protegernos.

La familia determinó, desde siempre, que la atención a los padres ancianos corresponde a la hija, así sean diez hermanos; el matrimonio es cosa de dos, aunque la responsabilidad de cuidar lo que esa unión funda se establece en una proporción 90-10; la ley protege a las madres con hijos pequeños, pero muchos jefes prefieren ascender al hombre antes que a la mujer con esposo y un par de niños enfermizos. «No rinden igual», dicen.

Eso sí, en determinadas fechas, los medios se repletan de entrevistas y reseñas ñoñas sobre la elevada condición de ser mujer: la vaquera, la maestra de escuela rural, la que opera una alzadora de caña, la piloto, la que creó una vacuna. Según lo veo, el objetivo es hacer notar el esfuerzo extra y no el talento. «Son capaces de lograr lo mismo que un hombre»... y se supone que asumamos la idea como halagadora revelación.

Ahora se habla de la campaña «Ni una menos», y los hechos y cifras llegan a la Isla como ecos de otro mundo. ¿Feminicidio? —término referido al asesinato de mujeres por razón de su sexo—, quizás, pero muy, muy lejos de aquí.

Para tratar el tema, los periodistas nos apoyamos en los informes que elaboran, anualmente, decenas de organizaciones internacionales. Ahora mismo les puedo decir que, según las Naciones Unidas, cada año son asesinadas 66 000 mujeres y que el 21% de las muertes de ellas, a nivel internacional, se deben a la violencia de género. De hecho, tengo ante mí las estadísticas actualizadas de cada país latinoamericano, incluyendo las de casos cuyos culpables quedaron impunes.

En ese mapa horroroso no aparece Cuba. No por inmune; aunque nuestros números no son comparables con los de Honduras, Argentina, México o Guatemala. Sin embargo, la gente escucha, habla y participa en una cotidianidad donde la tragedia de «ellas» se anula bajo la indiferencia: «entre marido y mujer...», «esas son cosas de familia, ¡ni te metas!».

Queda entonces el silencio. El de las abusadas, que pocas veces denuncian. El de quienes las rodean, que lo asimilan. El de la sociedad, cuando acepta, normaliza y reproduce los patrones violentos que atacan y rebajan a las mujeres.

En Cuba sí existe voluntad para derribar estos monstruos, sea desde el punto de vista jurídico, científico y social. Faltan, por tanto, el empeño masivo para educar bien, para preconizar la igualdad de boca hacia adentro y no como discurso maleable. Faltan humanidad y amor al prójimo, y valor para decir ¡basta!, ya sea en voz de las que sufren o de las que callan.

DE un solo golpe, de esos que se tiran con el dorso de la mano, le abrió una grieta sobre el labio. El dolor se hizo latido y angustia, pero él ya se lo había advertido: «Si sigues con la cantaleta de que busques los mandados, te vas a arrepentir». Y mientras lo veía alejarse, se reclinó en un murmullo. «Bruta, ¡bruta que soy!». Entonces recogió la libreta que le lanzó al piso y fue al baño a enjuagarse la herida... «Nadie es perfecto», justificaba para sus adentros, como mismo hace cada vez que sucede. Se llama Alina y no tiene más familia en Santa Clara. El miedo le apagó la voz. Apenas existe.

Leisy sí existe, pero a medias. Es pequeña y negra, y siempre ríe con ganas, como si el

Montañas de basura y vectores regodeando el fétido entorno, fueron descritos por un señor que no temió «salir en el periódico». Fruñendo el ceño, y como quien no quiere mirar ni oler lo que resulta cotidiano, explica que no logra percibir la velocidad con que la gente deposita sus residuos en un «basurero» improvisado, justo a pocos metros del Hospital Viejo.

«Ellos, los de la basura, llegaron bajo la lluvia. Se mojaron completos. Es la segunda vez que pasan y recogen. Y mire, ¡mire como está ya esa esquina!», señala alarmado. Entonces, mi teoría queda demostrada: la higiene comunal de nuestra ciudad, Santa Clara, se mantiene óptima por milésimas de segundos, imperceptibles por el ojo humano.

Otro lector habitual de **Vanguardia** explicó la necesidad de los contenedores. «Pago a quien encuentre uno en la Carretera Central o en la Carretera a Camajuani. Un día... ¡Pum! Volaron como Matías Pérez. Ahora tengo que caminar como seis cuadras para botar la jaba; porque si la pongo en la puerta de la casa, los perros, o los buzos, la ripean y ya usted sabe lo que viene detrás», comenta insultado.

Siendo así este asunto, las culpas de la «abominable» basura ciudadana pican, rebotan, queman como papa caliente. En los últimos años, el tema es pi constante en las asambleas de rendición de cuentas, causa de «alta tensión» en la sangre de Abel Falcón y se repite como tópico en los comentarios de **Vanguardia**. ¿Hasta cuándo continuarán las infecciones ambulantes pululando en nuestras calles?

Démosle, una vez más, vuelta al asunto.

Diariamente, los santaclareños desechamos alrededor de 280 to-

Tirar la higiene por la basura

■ Por Yinet Jiménez Hernández
(yinet@vanguardia.cu)



neladas de basura, que han de ser recogidas por los trabajadores de Comunales. Mas, seguirle la pista a cada papel, lata de refresco, pedazo de pizza, bolsa de nailon que los ciudadanos dejan caer en cualquier lado, ¡imposible!

«La avenida más indisciplinada es el Paseo de la Paz. Todo lo que se haga en esa zona resulta poco», comentan Irán Gattorno Fraga y Felipe Palacios Hernández, de la Dirección Municipal de Comunales, quienes aseguran realizar 51 viajes promedio —de lunes a domingo—. Aun así, la ciudad no le hace fe a la higiene.

Por un lado, ambos funcionarios explicaron que la población no logra asimilar los tanques. (He ahí el quid de la «desaparición» de los reclama-

dos contenedores). «A raíz de una medida del gobierno, se retiraron —los tanques de las avenidas donde la recogida era diaria— por la indisciplina social: los ciudadanos botan basura fuera de ellos, les roban las ruedas, los rompen, los mueven de lugar a conveniencia», explican.

Sin embargo, peor el remedio que la enfermedad, comienzan a instaurarse basureros a elección individual que, poco a poco, se «oficializan» por unanimidad popular. Entonces, lo más y lo menos, lo reciclable y no reciclable, lo tóxico y no tóxico, lo orgánico y lo inorgánico junto con lo sanitario conforman fétidas montañas de desechos. Ahora me pregunto: ¿Dónde están los inspectores?

«Por ejemplo, en el reparto José

Martí continúan echando la basura fuera de los tanques», insiste Felipe Palacios Hernández, quien tilda la indisciplina como primera responsable.

Por otro lado, aunque es loable el trabajo del equipo de la Dirección Municipal de Comunales, aún quedan cabos sueltos que resolver por parte de dicha institución. Algunos de sus trabajadores se niegan a trasladar troncos y ramas de árboles, e incluso, animales muertos, que culminan su proceso de descomposición en las calles. Otra de las quejas más recurrentes son las aisladas jornadas del «plan tareco», priorizadas únicamente para zonas con altos índices de infestación del mosquito.

Además, en una de las ciudades

con mayor cantidad de licencias constructivas en el país es vital un mecanismo que se encargue de los escombros. La población de la capital provincial, debido al incremento de los negocios particulares, demanda nuevas estrategias para el control de sus desechos.

Otros de los vertederos «naturales» de esta ciudad han sido, históricamente, los ríos Bético y Cubanacán. Año tras año, sus cauces piden a gritos el saneamiento. Año tras año, el gobierno local invierte un gran presupuesto para resarcir los daños que la población ha causado a ese ecosistema. Ahora otra pregunta: ¿Por qué no se aplican leyes estipuladas para esos casos?

Si de situaciones extremas hablamos, no puede dejar de mencionarse la actitud de muchos cocheros que, apurados por el «ritmo» de su trabajo, vierten el saco de materia fecal de sus caballos en cualquier calle o carretera. Las heces, mezcladas con el polvo ciudadano, se esparcen como paja «inocente». Desde que tengo uso de razón la situación se dilata y se dilata.

Y mientras es cuestionado lo conocido, pero no resuelto, el peligro de tirar la higiene a la basura nos grita una alerta. Vuelto a poner el ojo sobre el tema, esperemos un cambio por parte de todos los que caminamos el suelo de esta ciudad, Santa Clara. Pujemos el cambio.